

NUESTRO TIEMPO

NUESTRO TIEMPO: *Lo de ayer, hoy.* — JULIO BRINVILLE: *Filosofía de la democracia.* — SANTIAGO DE ESTRADA: *La Santa Iglesia y la Repú-*

blica de Platón. — MIGUEL A. ETCHERRIGARAY: *Cántico.* — MARIO AMADEO: *Un punto suspendido en el espacio.* — CLAUDIUS: *Progreso indefi-*

nido. — A. E. B.: *Cine.* — Dibujos y Viñetas de JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA, FRANCISCO FORNIELES y JOSÉ M. CANTILLO.

LO DE AYER, HOY

Para el viernes 16 de marzo del año que corre prometimos que reaparecería NUESTRO TIEMPO; y como dijimos entonces, lo cumplimos ahora.

El mismo propósito que animara a nuestra revista en la época de su aparición, muévela hoy en su seguida salida, a saber: un afán vehemente de robustecer y esclarecer —o, si se quiere, de robustecer esclareciéndola— la conciencia de lo nacional para en ella, y a través de ella, promover a la reconciliación del pasado con el presente. Pasado que se nutre históricamente en la fuente perenne de la cultura europea.

Estamos persuadidos de que la nota más honrada y esencial de los nacionalismos no radica en la defensa y divulgación de tales o cuales posiciones ideológicas —por persuasivas y aun verdaderas que sean— sino que sobrepasando al infinito los esquemas teóricos que tratan de expresarla, ella consiste, ante todo, en su condición de necesaria etapa histórica de las comuni-

nidades humanas con vocación nacional. Y etapa necesaria no en la madurez y senectud de un pueblo, sino, por el contrario, en la juventud, en la pubertad casi. En ella se logra o se malogra para siempre el destino histórico de los pueblos jóvenes.

Trabajaremos sin descanso, pues, a fin de que los valores substanciales de la nacionalidad —y los temas que les son ajenos— no aparezcan enturbiados y disminuidos por la parasitaria red de anacronismos ideológicos y verbales que ha ido creciendo y enmarañándose a la par y a expensas del recio tronco sustentador. Y en la medida de nuestras fuerzas, nos opondremos energicamente a todas las formas del histerismo intelectual y político —de derecha, de izquierda o del medio— que amenacen comprometer el éxito de nuestro propósito, cuyo logro histórico ha de traer aparejado —nada menos— la reconciliación de los argentinos en la nacionalidad argentina.

Es preciso, por lo tanto, que los hombres que —con vario, si no adversa fortuna— hemos luchado a lo largo de quince años por la reanimación en nuestras instituciones políticas y sociales de los valores permanentes del espíritu, no ahorremos energías hasta no conseguir que en nuestra prédica —que trataremos de hacerla abarcadora, comprensiva, generosa— se sienta expresado todo argentino, en cuya alma esté aún vivo el sentimiento del honor nacional.

Si a breve plazo ese acuerdo no se lograse, ello se debería a que el destino histórico de la nación argentina —como tal nación, se entiende, no como mero conjunto de individuos—, se habría malogrado para siempre.

Al servicio de tan alto propósito NUESTRO TIEMPO va a poner todo su entusiasmo; y contra quienquiera lo desconozca o contradiga maliciosamente moverá guerra sin cuartel.

NUESTRO TIEMPO

FILOSOFIA DE LA DEMOCRACIA A PROPOSITO DE LA ALOCUCION DEL PAPA EN NAVIDAD

El romano Pontífice ha dedicado la abeocución de la última Navidad al examen de las condiciones que ha de revestir la democracia para su legitimidad y sana. Los comentarios que dicha abeocución ha suscitado, han sido asaz superficiales y, en los más de los casos, de un irreverente partidismo. No se ha escuchado al Padre sino que se le ha utilizado. Terrible condición de los tiempos en que la Verdad no puede llegar a los oídos de los hombres sino a través de vehiculares de difusión en manos del poder de la Mentira.

Sin embargo, es interesante advertir que en vez todos los comentarios no se ha levantado, ninguno desahucadamente adverso, sino únicamente el cantilillo por el observador de asuntos in-

ternacionales del "Pravda" de Moscú, quien, entre otras, formula esta insólita y, al parecer, incomprensible apreciación:

"... El mensaje papal está dirigido contra las grandes masas populares y sus aspiraciones en favor de la auténtica democracia... "

La acusación del comunismo ateo, hoy universalmente triunfante, hecha en nombre de la "auténtica" democracia contra la democracia aceptada por el Pontífice, debo tener algún sentido. Vamos a intentar desentrañarlo. Ello nos va a obligar a tomar como punto de partida las líneas de la dialéctica en que se desenvuelve la historia, para situar con precisión el momento excepcional en que vivimos.

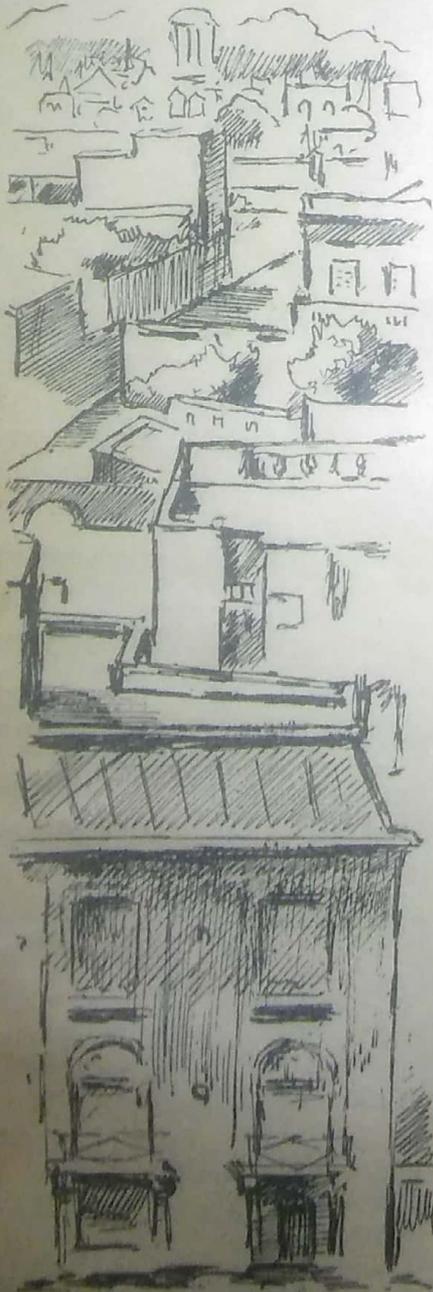
DIALECTICA DE LA HISTORIA

La historia no se desarrolla sobre un plano horizontal, sino que va siguiendo también una línea vertical cuya densidad ha de medirse por los valores humanos, en ella contenidos. La antropología señala entonces la ley de la historia porque ésta no es sino el hombre proyectándose en el tiempo.

Esta ley marca cuatro momentos en una civilización: un primer momento de plenitud, una edad de oro, teológica, por el primado de la verdad sagrada o sacerdotal; un segundo momento, de decadencia, una edad de plata o aristocrática, por el primado de la verdad natural o racional, o metafísica; un tercer momen-

to, una edad de bronce u oligárquica, por el primado de la vida afectiva, o sentimental, o sensible, o animal o económico-burguesa; un cuarto momento, una edad de hierro o democrática, por el primado de la materia, o de la cantidad que es su propiedad necesaria, o de la multitud o de lo económico-proletario.

Ahora bien: la civilización cristiana — adviértase bien, no decimos la Iglesia porque esta, semejante al alma espiritual no agota sus energías vitales en aquella — no escapa a esta ley. La civilización cristiana ha conocido un primer momento de esplendor medioeval con palabras magistrales que jamás debieran borrarse de las mentes católicas. "Hubo un tiempo — dice Inmortal De — en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. Entonces aquella energía propia de la sabiduría cristiana, aquella su divina virtud, había compenetrado las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad; la religión fundada por Jesucristo, colocada firmemente sobre el grado de honor y de altura que le corresponde, florecía en todas partes secundada por el agrado y adhesión de los príncipes y por la tutelar y legítima deferencia de los magistrados; y el sacerdocio y el imperio, concordados entre sí, departían con toda felicidad, en amigable consorcio de volun-



tades e intereses. Organizada de este modo la sociedad civil, produjo bienes muy superiores a toda esperanza.

Todavía subsiste la memoria de ellos y quedará consignada en un sinnúmero de monumentos históricos, ilustres e indelebles, que ningu-



na corruptora habilidad de los adversarios podrá nunca desvirtuar ni oscurecer."

Pero esta civilización ha sido objeto de tremendos y sucesivos ataques que la han reducido a una condición cada vez más decadente. El mismo León XIII describe de esta suerte el primer ataque, perpetrado por la Reforma Protestante: "Pero las danosas y dañadas novedades promovidas en el siglo XVI, recibiendo primeramente trastorno los cimientos de la religión cristiana, por natural consecuencia vinieron a trastornar la filosofía y, por esta, todo el orden de la sociedad civil". Ello dió como resultado una sociedad civil o un orden público substraído a la influencia de la Iglesia o del orden sobrenatural en ella encarnado, esto es, una sociedad donde cada uno de los grupos hasta entonces unidos bajo una forma universal de vida, que era la Iglesia, adquirieron independencia. Las naciones libres de toda forma superior toman posiciones, unas frente a otras. Aparecen de esta suerte, por vez primera, los nacionalismos exagerados; y los monarcas, puestos al frente de los pueblos rechazan todo poder superior y se erigen en divinidades. La razón se independiza de la teología, la ciencia de la fe, la política de la moral, la naturaleza de la sobrenaturalidad.

La civilización originariamente cristiana se convierte en naturalista, pero se mantiene como civilización, en la medida en que no sufren corrupción los principios de vida natural que son los que formalmente la constituyen. Pero como enseña tan magníficamente Pío X en el *fermo proposito*, aunque de índole natural la civilización no puede subsistir plenamente ni siquiera mantenerse si no es por la influencia de la Iglesia.

Destituido entonces de los auxilios sobrenaturales, el orden natural camina hacia su propia ruina. Y así vemos cómo los siglos XVII y XVIII son el caminar apresurado hacia la ruina de la civilización. La razón termina en su suicidio con Kant y es suplantada por la ciencia que es una suma de comprobaciones físico-matemáticas; el *bien común* que centra la política y la economía es reemplazada por la *libertad*; los monarcas son llevados al cadalso por la muchedumbre soberana. La civilización — así, sin ningún aditamento — termina en la Revolución Francesa. Con ella comienza la civilización moderna, la cual en lo que tiene de propio y peculiar es la barbarie, armada del poderío de la fuerza material.

La Revolución Francesa que León XIII llama "la gran revolución", señala entonces la frontera definitiva de dos modos de vida esencialmente diversos que se cumplen en la civilización cristiana. Con ella se opera en el hombre una alteración de su misma condición de racional, cosa que no había llegado a obrarse formalmente en el siglo XVI. Hasta ella los principios rectores de vida habían sido humanos, ahora comenzaban a ser infrahumanos o animales;

hasta entonces racionales, ahora puramente sentimentales; hasta entonces cualitativos, ahora cuantitativos; hasta entonces atraídos por la idea de bien que une, ahora, por la de libertad que desvincula y desune. De aquí el liberalismo, individualismo y romanticismo de este tercer momento histórico.

Para una recta interpretación de la historia moderna y, por ende, de los hechos actuales, es fundamental esta ubicación de la Revolución Francesa como punto de partida de un hombre nuevo que comienza a regirse por principios de vida infrahumanos, y por lo mismo infracivilizados. La Revolución Francesa es, entonces, el punto de partida de un camino que luego ha de terminar inexorablemente en la revolución comunista como ésta, a su vez, es la etapa inmediatamente previa a la apostasía universal o reinado del anticristo, reinado que no consiste ni se instaura en una nueva revolución sino que es la lógica culminación de las revoluciones anteriores.

Esto explica la profundidad del pensamiento de De Maistre quien vió en la Revolución Francesa algo definitivo y satánico. Lo es, en verdad, como iniciación del último y postrer estado de apostasía universal. Por esto Babeuf, antes de morir, anunció que la Revolución Francesa era precursora de otra revolución mayor, más solemne, y que esta será la última. (Appel au peuple français, 1797).

El estado infrahumano de civilización, inaugurado por la Revolución Francesa se va a caracterizar en substancia por un cruzar el hombre la línea de la inteligencia que le distingue y separa de la materia y un entrar ya resueltamente en la órbita de atracción de la materia misma. Por esto la nueva edad va a estar regida por el materialismo o por lo económico. Pero como en un ciclo económico o materialista hay dos momentos perfectamente caracterizados, uno de la materia viva, otro de la materia inorgánica, uno de la economía dirigente, o burguesa o capitalista y otro de la economía dirigida o proletaria, en esta nueva civilización, la moderna que es una civilización infracivilizada, podemos distinguir dos períodos: uno que es el liberalismo propiamente dicho y otro el comunismo: uno de dominación de los grupos burgueses oligárquicos y el otro de dominación de las masas proletarias, o verdaderamente democrático.

De estos dos momentos, el burgués está agotado ya y definitivamente concluido. Le llega entonces el turno al cuarto momento, al democrático o comunista. El clero primó en la edad media; la nobleza u aristocracia en los siglos XVII y XVIII; los ricos o burgueses en el siglo XIX y hoy ha de dominar la multitud proletaria o democrática. Esto nos obliga a estudiar la esencia de la democracia, buscando de desentrañar su ley íntima.

LA DEMOCRACIA, DOMINACION DE LA PLEBE

Nadie ha analizado tan profundamente la democracia como Santo Tomás de Aquino y Aristóteles. Hablamos del concepto puro de la democracia, por lo que ella implica en sí misma, en virtud de sus propias e internas exigencias. Parte el Santo Doctor de la premisa que "la razón de ser y el término del estado popular es la libertad y por ello el poder o autoridad se distribuye en este estado de acuerdo a la dignidad de la libertad". Política IV. 7. En su mente la democracia está ligada a una concepción de la vida en que se hace de la libertad, el supremo bien del hombre y, por lo mismo, el fin de ciudad. "En el estado popular — dice en Pol. III, 4 — sólo se busca la libertad y sólo ella es lo que en común confieren todos los ciudadanos. Todas las otras cosas existen por la libertad y para la libertad. Nada valen por tanto las diferencias que separan un hombre de otro, nada las dependencias naturales o históricas, nada los vínculos familiares o nacionales, nada la diversidad de los ingenios, de las aptitudes, de la educación, de la cultura o de los derechos adquiridos. Como a todos y a cada uno dió la naturaleza idéntica libertad, será necesario que todos y cada uno en cualquier parte sean iguales.

Pero ¿qué implica para Santo Tomás la noción de libertad? Decláralo en diversas ocasi-

nes; pero aquí vamos a limitarnos al comentario que hace al libro VI, 2 de la Política de Aristóteles, donde después de insistir en que la libertad es la única y principal base del estado popular añade: "...por libertad se entiende que uno pueda determinarse por propia voluntad y a un fin que uno mismo se propone. Es uno libre, dice, cuando es causa de sí mismo, tanto en el moverse, en cuanto se mueve de propia voluntad y siguiendo la propia razón como en cuanto se mueve u obra en atención a un fin propio y no al fin de otro. También se toma la palabra libertad por la misma operación o por el acto por el cual se dice que uno se mueve u obra al fin propio."

"Ahora bien, dice el Santo Doctor, sea en una acepción sea en otra, la libertad la tiene uno o por una disposición natural y estos son los naturalmente libres o por la constitución de la república que establece que no sea uno gobernado por otro que por sí mismo ni al fin de otros sino de sí mismo y al fin de la república. Y así entienden la libertad los autores del estado popular."

Santo Tomás entiende que hay una libertad natural que posee uno cuando es capaz de gobernarse por sí mismo, en cuanto es capaz de fijarse la norma recta y conveniente de lo que debe obrar y es capaz también de cumplir dicha norma. Es decir que esta libertad la poseen los varones perfectos que ordenados por el recto ejercicio de su razón se autodeterminan en la práctica del orden que su razón les indica. Esta es la verdadera libertad. La otra libertad, la que sirve de base al régimen democrático y que no tiene de suyo sino una realidad legal porque surge del decreto constitutivo de la república, "ex constitutione reipublice" consiste en una pura y simple autodeterminación; es a saber en que todos y cada uno de los que integran dicho régimen no sufran menoscabo ni violencia en querer ésto o aquéllo, de acuerdo al propio beneplácito. Y como en cuanto a esta autodeterminación o libertad todos son iguales, "la justicia popular o democrática exige que todos participen en los honores y favores públicos de acuerdo a una igualdad cuantitativa y no, en cambio, de acuerdo a la dignidad de la persona o igualdad de proporción sino que tanto el pobre como el rico, tanto el ignorante como el instruido..." sed tantum pauper quantum dives, tantum idiota quantum studiosus." Por otra parte "como ha de haber quien establezca y conserve esta justicia popular"... "se sigue que el fin y la justicia del estado democrático es la opinión de la multitud"... "manifestum est quod necesse est illud esse finem populari statu, et iustum, quod videtur multitudini". Pol. VI, 2.

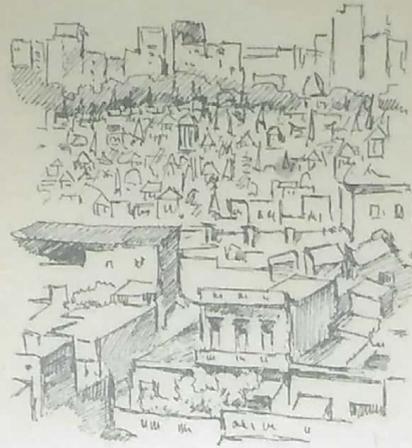
La opinión y voluntad de la multitud es ley, entonces, en el régimen democrático.

¿Cuál es el resultado de un régimen fundado en estas premisas? El resultado dependerá de la condición moral de los que constituyen dicha ciudad. Porque como el régimen político de la misma descansa en la libertad o autodeterminación de los ciudadanos, su índole —justa o injusta, buena o perversa— dependerá de la condición moral de dicha multitud. Si ésta, en su mayoría es virtuosa, la ciudad será virtuosa, si perversa, la ciudad será perversa.

Pero el Doctor Angélico saca inmediatamente la conclusión de que tal ciudad, en que "la multitud fija la norma de justicia" habrá de ser perversa porque allí mandan "viles et pauperes et inordinati, los viles, los pobres y los desordenados". Pol. VI, 2. De aquí que constantemente coloque la democracia entre las formas de gobierno tiránicas y sea célebre aquella definición de la democracia del Regimiento de los Príncipes, I, 1: La democracia, esto es el gobierno del pueblo, es a saber, cuando el pueblo de los plebeyos, por el poder del número oprime a los ricos, "Democratia id est, potentatus populi quando sc. populus plebeiorum per potentiam multitudinis opprimit divites".

La conclusión de Santo Tomás está determinada por el concepto pesimista que tiene de la muchedumbre. Se podrían acumular citas y citas en las que enseña que la muchedumbre, en la mayoría de los casos, se deja llevar por sus malas inclinaciones, violando el recto orden de la razón. Ver Suma I, q. 63, a. 9, ad 1; I, q. 49, a. 3, ad 5; Contra Gentiles, III, C. VI.

Pero una sola cita bastará para establecer claramente el pensamiento del Santo Doctor. ... "en el hombre —dice— hay una doble naturaleza, es a saber la racional y la sensitiva. Y como el hombre llega al acto de la razón por la operación del sentido, la mayoría sigue las inclinaciones de la naturaleza sensitiva en lugar del



orden de la razón... De aquí provienen los vicios y pecados en que los hombres siguen las inclinaciones de la naturaleza sensitiva en lugar del orden de la razón. I. II. q. 71. a. 2. ad 3.

El pueblo se aparta de la razón, las más de las veces, dice el Santo en Pol. IV, 13. "Populus enim deficit a ratione, ut in pluribus". En substancia, que el pueblo al no reaccionar sino afectivamente, está expuesto a equivocarse y a extraviarse; necesita que otros —los menos— le indiquen qué le conviene y se lo hagan querer; si una minoría virtuosa no le confiere la virtud, cualquier otra minoría audaz le impondrá el yugo del dinero o del trabajo colectivo.

LA DEMOCRACIA Y EL COMUNISMO BOLSHEVISTA

El análisis de la esencia de la democracia nos conduce a la conclusión que ésta partiendo de la idea de libertad que es su principal e indispensable presupuesto termina inexorablemente en la tiranía, o dictadura de la multitud, del número, de la cantidad y por lo mismo de la sinrazón y del desorden. El principio fundamental que la mueve es el igualitarismo universal absoluto. Ahora bien; como los hombres —sin una intervención especial de Dios— no pueden ser nivelados o igualados por lo más levantado que hay en ellos, es a saber la ciencia y la virtud, no resta sino la posibilidad de intentar la nivelación absoluta universal, por lo más bajo que hay en ellos, es decir por su condición material. Tal es el intento del comunismo soviético, como enseña Pío XI, en su magistral y actualísima encíclica *Divini Redemptoris*.

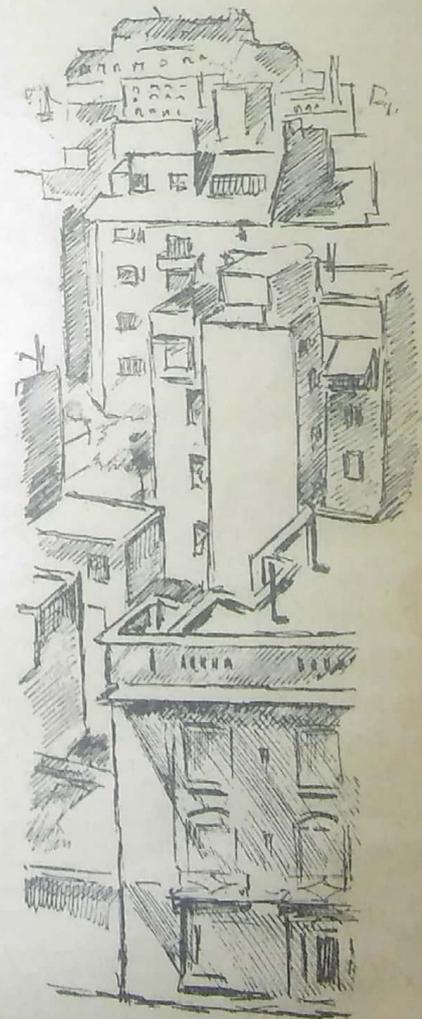
De aquí que sea el comunismo ateo y materialista donde se verifiquen plenamente las exigencias intrínsecas de la democracia absoluta; porque consistiendo ésta en una nivelación o igualación universal absoluta y no pudiendo cumplirse "hacia arriba", hacia "el Ser, principio de todo ser", hacia donde se llega por auxilios jerárquicos, que vienen siempre de arriba hacia abajo, no queda sino la posibilidad de una nivelación absoluta en lo más común que hay en todos los hombres que es la materia.

En el materialismo, esto es, en una concepción de la vida, en que se hace de la materia la única realidad, de la que procede todo y a la que todo se ordena, consiste la esencia del comunismo.

Y como en la escala real de valores —que no puede ser destruida por ninguna teoría ni sistema— la materia ocupa el último lugar, después de los otros más levantados valores (Dios o lo sobrenatural o el sacerdocio —lo humano

o lo natural o la virtud o la nobleza— lo animal o lo económico-burgués) una concepción de la vida alrededor de la materia se liga por conexiones metafísicas necesarias con lo puramente cuantitativo, que es una propiedad necesaria de la materia; con el número que dice relación con la cantidad; con el sufragio universal directo que está ligado al número; con la libertad, presupuesto de la democracia; con el liberalismo que es la deificación de dicha libertad; con la democracia que descansa en la igualdad cuantitativa de la pura libertad o autodeterminación. Por otra parte, como la pura materia es la única realidad que siendo tal, es nada, en la célebre definición aristotélicotomista de la materia prima, por lo mismo, es lo más opuesto a Dios de todas las realidades; y como por otra parte, lo más opuesto a Dios es el diablo, que es dios al revés, la materia tiene conexiones necesarias con el diablo, y por lo mismo, con el anticristo, que es el diablo encarnado; y por lo mismo, con todos los grupos y sectas humanas, que trabajan sistemáticamente por la entronización del Anticristo en la tierra; y con la Revolución que es el proceso continuado para verificar esta entronización.

En el límite extremo a donde están conducidas por sus propias exigencias se encuentran en



profunda solidaridad todas estas realidades. Son exactísimas entonces estas igualdades. Comunismo - materialismo - liberalismo - democracia - dictadura de la plebe - tiranía del número - satanismo - anticristo - masonería - Revolución.

El resultado final de los esfuerzos y de las tendencias de cada uno de ellos es el establecimiento universal en la tierra de aquella sociedad que describe Pío XI en la *Divini Redemptoris*. ¿Qué sería pues —se pregunta el Pontífice— la sociedad humana, basada sobre tales fundamen-

tos materialistas? Sería una colectividad sin más jerarquía que la del sistema económico. Tendría como única misión la de producir bienes por medio del trabajo colectivo y como fin el goce de los bienes de la tierra en un paraíso en el que cada cual "daría según sus fuerzas y recibiría según sus necesidades"... En esa sociedad tanto la moral como el orden jurídico no serían más que una emanación del sistema económico contemporáneo, es decir de origen terreno, mudable y caduco. En una palabra se pretende introducir una nueva época y una nueva civilización fruto exclusivo de una evolución ciega: una humanidad sin Dios.

Obsérvese de paso que a este resultado final se puede arribar tanto por un camino revolucionario —comunismo bolchevista— como por un camino democrático, —democracia materialista norteamericana.

EL MOMENTO ACTUAL

Tanto la dialéctica histórica como las exigencias metafísicas de la democracia reclaman hoy que el universo sea entregado a la dominación comunista. El comunismo bolchevista es el único de los sistemas de vida existentes que realiza los anhelos de libertad y democracia que está en las entrañas del mundo moderno. Los Estados Unidos, que representa para muchos el ideal de libertad y democracia, es, en cambio, un régimen plutocrático, esto es, donde la libertad legalmente parece para todos se convierte en una libertad real para unos pocos privilegiados. Los Estados Unidos —y con mucha mayor razón Inglaterra— representan ya hoy, tipos anacrónicos de vida, sin vigencia histórica, y que si no quieren burlar las exigencias profundas de la libertad y democracias que proclaman, deben ir evolucionando hacia un tipo *igualitario universal*, que solo Rusia ha verdaderamente implantado.

De aquí que no sea simplemente tática la razón de la propaganda comunista hecha en nombre de la libertad y de la democracia. La razón es metafísica. Rusia ha llevado a sus consecuencias más lógicas el desarrollo del igualitarismo, anidado en los conceptos de libertad y democracia.

Y no se quería argüir, como placen a los estardados burgueses, que en Rusia la libertad y democracia están sofocados por la dictadura del Estado soviético. Porque a esto, se responde 1º que en los estados plutocráticos la libertad y la democracia están burlados por la dictadura omnipotente de los consorcios internacionales y 2º que como tan sagazmente enseña Pío XI en la *Divini Redemptoris* "cuando todos hayan adquirido las cualidades colectivas, en aquella condición utópica de una sociedad sin ninguna diferencia de clases, el Estado político, que ahora se concibe como instrumento de dominación capitalista sobre el proletariado, perderá toda su razón de ser y se disolverá, pero hasta que no se realice esta feliz condición, el Estado y el poder estatal es para el comunismo el medio más eficaz y universal para conseguir su fin.

Es decir que la sociedad comunista donde se han destruido totalmente las diferencias y privilegios religiosos, estatales y burgueses es la única sociedad, donde se llevan a su plenitud la universal nivelación igualitaria de libertad y democracia.

En nombre entonces de la libertad y de la democracia le corresponde al comunismo soviético el estro del universo. Si ello es así ¿hay que dar entonces por decidida la suerte de la tierra y prepararse para tomar el lugar más cómodo posible en el paraíso de los sin Dios? Si la Iglesia no fuera sino una institución humana, totalmente identificada con la civilización cristiana, ciertamente ya estaría todo terminado y no quedaría otra alternativa que prepararse para los postreros días de la apostasía universal. Pero la Iglesia, semejante al alma espiritual, que si bien es principio de ser y de acción del cuerpo humano no agota en él todas sus posibilidades de esencia y operación, sino que aun sin el cuerpo mantiene una poderosa vitalidad propia e independiente posee un ser y una actividad que no ha sufrido nada en las sucesivas degradaciones en que ha caído la civilización cristiana. La Iglesia, esposa de Jesucristo, mantiene hoy una vitalidad, prodigiosamente fresca y se siente con

fuerzas para convertir en hijos de Abraham las piedras. El comunismo lo sabe. Porque el comunismo, "duro yugo impuesto a la fuerza, por hombres... que han considerado a Rusia como terreno más apto para poner en práctica un sistema elaborado desde hacia decenios, y de allí siguen propagándolo por todo el mundo (Pío XI en la *Divini Redemptoris*) está en conexión con agentes diabólicos terrestres que operan en un plano teológico, con ciencia y métodos también teológicos a los que se refiere León XIII en la *Humanum Genus*. El Comunismo, obra directa de estas fuerzas teológicas del diablo, conoce perfectamente la significación de la Iglesia Católica. Por esto, a punto de jactarse de su victoria mundial definitiva, tiembla ante un anciano indefenso que le ha arrebatado la palabra "democracia", para decir "urbi et orbi": ¡Pueblos! No os engañeis; el bien que, ahucinados buscáis en esa seductora palabra, solo lo

encontraréis en la enseñanza tradicional de la Iglesia.

LA DEMOCRACIA TRADICIONAL

Para que nadie —sino los que, por su pureza no quieren ni pueden conocer la verdad, tienen ojos y no ven, oídos y no oyen— se llame a engaño, comienza el Pontífice su alocución afirmando el carácter tradicional de la democracia legítima y sana, que si siempre fué optativa para los pueblos, hoy pareciera ser imperativa. "Apenas precisa recordar —dice— que según las enseñanzas de la Iglesia "no está prohibido preferir con moderación las formas populares de gobierno, sin perjuicio, empero, de las enseñanzas católicas sobre el origen y el uso de la autoridad; y que la Iglesia "no desapruéba ninguna entre las formas de gobierno, siempre que estas sean conducentes al bien común de los ciudadanos"



LA SANTA IGLESIA Y LA

Inquiriendo el problema de la Justicia y del hombre justo, escribió Platón su diálogo sobre la República. Valido de esa intuición genial, tan típicamente suya, supo transponer el problema del orden individual al orden social y esbozar así los principios en que tanto el hombre como la sociedad habrían de inspirarse para merecer el calificativo de justos. Pero, pagano al fin, no podía ver que su ideal de Justicia era inalcanzable para una humanidad que, enveleta en la caída de Adán, no había sido aún redimida por Cristo. Precisamente por esto su construcción tenía que resultar utópica, no ya en el terreno de la misera realidad cotidiana sino en el campo de las ideas en el cual se movía el filósofo.

Con todo, nadie podría discutirle el mérito de haber señalado acertadamente las relaciones y semejanzas entre el individuo y la sociedad; y de haberse servido del razonamiento por analogía para estudiar al uno y a la otra, y de haber encarado a un tiempo las cuestiones que a ambos conciernen. De ahí que su teoría de las clases sociales, o, mejor dicho, de los arquetipos que en la sociedad supone, sea de un valor siempre actual; como lo es, sin duda, la entrañable comunicación del hombre con el conjunto, implícita en todas sus enseñanzas.

Pero si la utopía platónica, en el mundo pagano solo podía ser una vaga reminiscencia de la felicidad perdida por el Pecado, en el seno de la Santa Iglesia es la realidad misma del Cuerpo místico de Cristo. Esta realidad, lograda de un modo enteramente gratuito y sobrenatural, es tanto más excelente que el más elevado ideal asequible a la inteligencia antigua cuanto el orden sobrenatural excede al puramente natural. Ello no impide, sin embargo, que podamos ver en la República de Platón una auténtica parábola de la Iglesia, pues, en definitiva, toda la Naturaleza no es sino parábola de esa Realidad, mil veces más profunda, cuya comprensión será concedida a los elegidos del Padre. Y así, del "justo" sobre el cual dialogaban Sócrates y Adimanto podemos elevarnos al "santo", como de la "Polis" valernos para llegar a la Esposa immaculada del Señor. Por consiguiente, también nosotros busquemos primero la Santidad en la Iglesia y, estudiando después el individuo, veremos cómo en éste debe "leerse" en caracteres pequeños lo que en aquella está escrito con grandes letras.

Es éste un camino seguro, por otra parte, pa-

ra llegar a la imitación de nuestro perfecto modelo, Cristo Jesús. Porque de la Iglesia, verdadero Cuerpo cuya Cabeza es El, quiso valerse el Señor para perpetuar en el transcurso de los siglos la obra iniciada con su Encarnación. Nacido del costado abierto por la lanza de Longinos, la nueva Eva reproduce exactamente los rasgos del Esposo y los exhibe a través del espacio y del tiempo como ejemplares en que han de inspirarse sus hijos para que el Padre reconozca en ellos la fisonomía de su Unigénito. Pero la Iglesia no es sólo un espejo en el cual se reflejan, en otra escala, los rasgos de Cristo; su función no se limita a exhibir las perfecciones divinas, ni es una mera caja de resonancia de cuanto el Señor quiso enseñar a sus discípulos. Es mucho más que todo eso: es el Cuerpo Místico en el cual los fieles se unen vitalmente con su Cabeza y, como tal, transmite las gracias convenientes para mantener la reciproca unión en la que, como nos lo ha dicho hace poco el Sumo Pontífice, "cada uno disfruta plenamente de su propia personalidad", y las gracias indispensables para que cada uno participe a su modo de aquellas perfecciones.

En un plano que no pudo alcanzar Platón, pero que sin duda de haberlo entrevisto habría colmado de admiración al filósofo, la Iglesia nos presenta los más variados arquetipos: el Sabio, el Guerrero, el Artesano y el Labrador tienen en ella el lugar que les corresponde, al par que múltiples ejemplares desconocidos en el mundo antiguo muestran la excelencia del nuevo orden sobrenatural instaurado por Cristo. En la cumbre de su estructura social están los pontífices, cuyo poder deriva, precisamente, de haber sido llamados a ser como los depositarios jerárquicos de la Sabiduría; desligados de las preocupaciones de familia, los sacerdotes, diáconos y subdiáconos secundan a los obispos en el gobierno de la república cristiana. Sin necesidad de llegar al absurdo régimen de la promiscuidad de mujeres, la Iglesia, en su ya larga peregrinación por la tierra, ha creado también un tipo de guerrero, separado de las misérias de la vida cotidiana y enteramente dedicado a la defensa de la comunidad, cuyo exponente más característico es el caballero del siglo XII. Y, como expresión de su magnificencia creadora, además de esos ejemplares correspondientes a las acostumbradas categorías sociales, en líneas paralelas a la de sus Jerarquías, nos presenta, en reglas monásticas y re-

Año XIII, encíclica *Libertas*, 20 de junio de 1888. Y en estas palabras tradicionales, expresamente recordadas, está toda la doctrina que el Pontífice no ha sino esclarecer.

La democracia que Pío XII considera aceptable 1º no es la democracia pura —hacia la que tiende el mundo moderno— sino una forma popular moderada; 2º no la proclama ni la mejor ni la única buena; 3º no debe estar condicionada por la idea de libertad sino por la de bien común; 4º impone la constitución, no de una masa igualitaria, sino de un pueblo jerárquicamente estructurado; 5º exige una autoridad real y eficaz, derivada y sometida a Dios; 6º comprende un cuerpo legislativo constituido por "hombres sabios, espiritualmente superiores y de carácter íntegro que se consideren representantes de todo el pueblo y no mandatarios de una chusma"; 7º que no incurra en el absolutismo de estado.

Es decir que el Santo Padre partiendo como de base de la idea que la democracia importa un autogobierno o participación de la multitud en el gobierno, establece las condiciones o recaudos que templando y moderando este autogobierno o participación de la multitud en el gobierno pueda dar origen a una forma legítima y sana de democracia.

Exactamente, lo mismo que hacían Aristóteles y Santo Tomás quienes, después de analizar la naturaleza última de la democracia llegaban a la conclusión de su injusticia y perversidad si era llevada a las últimas consecuencias entrañadas por su concepto; pero reconocían que esa tendencia al autogobierno de la multitud, si no se le permitía llegar a sus últimas consecuencias sino que era templado y moderado con elementos de otras formas puras como la *unidad* de la monarquía, la *virtud* de la aristocracia y aún la *riqueza* de la oligarquía podría lograrse un

régimen legítimo y aceptable, que denominaban "politeia" o república.

Condiciones, en rigor antidemocráticas, que, al templar y moderar la perversidad expansiva del igualitarismo universal absoluto, dan origen a una cierta y conveniente participación de la multitud en el poder.

De aquí se sigue que la democracia tradicional aceptada por el Pontífice implica la reprobación de la democracia moderna, tanto en la forma liberal y socialista como en la absurda de los católicos democratistas. Porque estas democracias se apoyan en un concepto de una nueva civilización; niegan o rebajan el origen divino de la autoridad; hacen del pueblo un ídolo o un mito; no pueden evitar la tiranía de la cantidad y del número; identifican la noción de justicia con el régimen popular; están impulsadas por el igualitarismo universal absoluto; etc., etc.

De ello hablaremos, más especialmente, en oportunidad que pronto se ha de presentar; y con la alocución de Navidad demostraremos una vez más lo monstruoso de todo repugnante maridaje del catolicismo con la democracia moderna.

POSIBILIDAD DE LA DEMOCRACIA TRADICIONAL

La Alocución del Soberano Pontífice al preconizar la democracia tradicional ha vuelto a plantear las posibilidades de esta democracia en las condiciones actuales de la vida moderna en que el hombre está atomizado por 400 años de progresiva des cristianización. ¿Cómo estructurar la sociedad para que sea pueblo y no masa? ¿Cómo infundir la idea de bien común a una masa que ha perdido las nociones fundamentales de los valores morales? ¿Qué procedimiento emplear para que sin alterar los anhelos de igualdad, se logre la asamblea de selectos, de que habla el Pontífice? ¿Cómo asegurar un gobierno —expresión de la nación— cuando ésta se halla dividida por tantas banderías y disidentes? ¿Sobre qué base realizar la unidad de los pueblos?

Se aprecia el alcance de estos tremendos interrogantes cuando se tienen presente las palabras de Pío XII en *Summi Pontificatus*, referentes al proceso de des cristianización, valederas perfectamente a las muchedumbres universales: "Muchas, tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo... hablaban de progreso cuando retrocedían; de elevación, cuando se degradaban; de ascensión a la madurez, cuando se esclavizaban... Ahora bien, el problema es gravísimo. Porque no hay duda que es certísimo lo que dice el Papa que "aleccionados por amargas experiencias los pueblos se oponen hoy con mayor agresividad contra toda concentración dictatorial" pero no es menos cierto que después de cuatro siglos de des cristianización sistemática los pueblos se encuentran en una posturación humana, intelectual y moral, espantosa; los pueblos están devorados por profundas "diseñaciones" que "no provienen únicamente del ímpetu de las pasiones rebeldes, sino de una profunda crisis espiritual que ha trastornado los sanos principios de la moral privada y pública" y ha hecho naufragar "aquella conciencia de lo justo y de lo injusto, de lo lícito y de lo ilícito que posibilita los acuerdos, mientras refrena el desmoronarse en las pasiones y deja abierta la vía a una honesta inteligencia" (Pío XII en *Summi Pontificatus*).

Aplicase la democracia a pueblos así desgarrados y destrozados; aplíquese un autogobierno y como nadie se determina sino de acuerdo a lo que es, pueblos así pervertidos se autodestruirán perversamente, si antes no son confortados en su potencial intelectual y moral, para que conozcan la verdad y tengan fuerza para cumplirla. No basta decir: los pueblos quieren democracia. Es necesario resolver cómo han de ser confortados los pueblos para que sin peligro puedan querer y tener democracia.

SENTIDO DEL MENSAJE PAPAL

De aquí que sea éste el sentido del mensaje papal. ¿Queréis democracia, y una democracia mejor?, dice a los pueblos el Papa Tomás III, con tal que ella sea tal que respete las leyes



REPUBLICA DE PLATON

ligiosas, infinitas manifestaciones de la caridad cristiana.

Interesa, pues, fundamentalmente, estudiar tales arquetipos, averiguar qué nos ha querido decir la Santa Iglesia y como se aglutinan en el Cuerpo Místico; interesa ver en qué medida hemos sido llamados a participar de la Sabiduría o de la Pobreza, hasta qué punto hemos desatendido los insistentes llamados del Amor al prójimo o hemos sido flojos en la defensa del Nombre cristiano. La confrontación de la Santidad de la Iglesia con nuestra propia debilidad será uno de los frutos mejores que de ello podamos obtener; pues, como Sócrates cuando en el diálogo comparaba la Justicia en el Estado con la Justicia en el individuo, veremos la semejanza de lo pequeño con lo grande. He aquí, por cierto, una consecuencia de orden moral que bastaría para justificar semejante adaptación del método platónico. Pero no es éste el único aspecto que importa considerar.

La Iglesia tiene su razón de ser en el misterio de la Encarnación. Su lenguaje participa de la eternidad del Verbo y se adecua a las contingencias de cada época, de cada pueblo y de cada individuo; diríase profetado por encima del espacio y del tiempo, pero para ser escuchado en el espacio y en el tiempo. Tienen palabras para todos los siglos, y palabras que resurta para siglos elegidos por inscrutables designios de Dios. La historia demuestra que en determinados períodos la humanidad se une más estrechamente a ella; entonces surgen nuevas manifestaciones de su vida inagotable, que, en tiempos de sequedad y apostasía, pueden llegar a quedar como desmoronadas pero nunca muertas, pues, aunque a veces reducidas a proporciones numéricamente mínimas, siguen dando testimonio de la idea que las hizo nacer. Así aparecen los órdenes religiosos, cada uno bajo un signo que está en la raíz de su ser: en el instante histórico de su nacimiento expresan un llamado especial a la generación circunstante; cuando ésta responde a la Gracia, los nuevos miembros se reúnen de jalpa incalculable que hacen vivir en ellos a Cristo Rey y Señor; es la que sucedió en los tiempos de San Francisco y de San Raymundo con los órdenes mendicantes y misioneros. Cuando los hombres siguen otros caminos, por lánguidos y vacilantes que quedan aparentemente los institutos religiosos, ahí quedan como plénes logrados del Ministerio de la Encarnación; y el fruto francés

será siempre el ejemplar de la pobreza evangélica, y el monje soldado la más maravillosa expresión de como en la guerra puede brillar la fortaleza cristiana.

Hay otro aspecto no menos interesante. La Iglesia no se limita a una simple exhibición de sus arquetipos, ni el cristiano es un mero admirador de éstos. La unión entre ambos es, ya se ha visto, mil veces más vital, pues la Iglesia es madre, y (lo dice Su Santidad Pío XII en la encíclica "Mystici Corporis Christi") "esta piadosa Madre brilla sin mancha alguna en los Sacramentos con los que engendra y alimenta a sus hijos; en la fe que en todo tiempo conserva intacta; en las santísimas leyes con que a todos manda y en los consejos evangélicos con que amonesta; y, finalmente, en las celestiales dones y carismas con los que, inagotable en su fecundidad, da a luz incontables ejércitos de mártires, vírgenes y confesores". Las grandes letras de que hablara Platón son aquí de una eficacia para el absolutamente desconocido; mediante ellas plasma, por decirlo así, la Iglesia a sus hijos con los mismos dones que, también valiéndose de ellas, recibe del Espaso.

Y así llegamos al punto capital. La Iglesia reproduce los rasgos del Señor y los comunica a los fieles. Pero no vive de sí misma; cuanto tiene, lo recibe de Cristo; cuanto advierte que sus hijos precisan, lo pide a El, que es perfecto. Hasta el aire que respira es Gracia y Oración. Mediante la Gracia y la Oración alcanza la Sabiduría y la Fortaleza, el amor a la santa Pobreza y el amor al prójimo, la Templanza y la Caridad; y a sus sacerdotes se les da la Sabiduría y a sus caballeros la Fortaleza, a sus religiosos las perfecciones del Evangelio y a todos sus monjes la Caridad. Porque los arquetipos son arquetipos en la medida que reflejan los diversos rasgos del Señor, y su función primera es pedir que esos rasgos se reflejen realmente en ellos.

He aquí cómo el ciclo se cierra. El hombre halla escrito en la Iglesia, en una superficie más amplia y en grandes caracteres, lo que en su propia alma ha de leerse; pero lo que allí lee es adaptado a sus circunstancias, lo mismo que desde toda Eternidad expresó el Padre por medio del Verbo y que el Verbo manifestó cuando, asumiendo nuestra naturaleza humana en las entrañas de la Santísima Virgen María, habitó entre nosotros.

SANTIAGO DE ESTRADA.

esenciales de las sociedades políticas que deben regirse por el bien común. La Iglesia no se opone a ello; y aunque considera accesorio e indiferente los regímenes políticos, cree conveniente, hoy más que nunca, cierta participación de los pueblos en su propio gobierno. Pero sabed que cuanto mayor sea esta democracia o participación, más necesaria será que ni influencia se haga sentir profunda y universalmente. Ella exigirá de vosotros una humilde y total aceptación de todas las enseñanzas de los Pontífices Romanos, desde Gregorio XVI en la *Mirari Vos*, Pío IX en el *Syllabus*, hasta León XIII, Pío X, Pío XI, donde se condenan los pestíferos errores modernos y se establecen las bases auténticas de la ciudad cristiana.

La palabra del Papa se hace oír en un momento de excepcional solemnidad. Porque los pueblos en loca pendiente vienen alumbrados por el progreso falso y están a punto de caer en el abismo del comunismo ateo. La democracia, de que andan embriagados conduce inexorablemente a ese abismo. Ningún poder humano puede librarlos de que en él se precipiten sin remedio. El poder material del Estado, en el que muchos habían depositado su confianza y que con mano fuerte y totalitaria había intentado detener el alud, tiene que confesar su fracaso.

Entonces ¿qué? Entonces habla la Iglesia por boca de su Pastor Supremo y dice: Sólo yo puedo libertaros. No, con la democracia, que es una forma política accesorio e indiferente, sino a pesar de la democracia, que por sus exigencias materialistas tiende a perderos. Yo puedo vencer la dialéctica de la historia y si humanamente el mundo le pertenece hoy a Moscú, por disposición divina a mí me corresponde en verdad, porque yo he sido puesta para salvar a la humanidad, ayer, hoy y siempre, hasta la consumación de los siglos.

Y solo Roma puede elevar las multitudes a la virtud para que entonces sin peligro pueda ser virtuosa la ciudad. Porque es un poder santificante. Ella puede transformar por dentro al hombre, y de la condición materialista en que vive el mismo es arrastrado puede levantarlo a la verdadera virtud y a la verdadera libertad que sólo se alcanza en la santidad, cuando uno lleno de orden y de virtud se autodetermina al orden y a la virtud.

Por esto, cada día aparece más claro que la humanidad, desengañada hoy en las entrañas de la era que vive libertad y democracia, sin saber qué pide ni cómo la ha de conseguir, sólo puede ser salvada por la efusión del Espíritu de Dios que sólo habita en la Iglesia Católica. Efusión que fluye a las almas individuales y que fluye también a las estructuras sociales. Si no quiere caer en la esclavitud de Moscú, la humanidad debe someterse a la disciplina sobrenatural de Roma.

JULIO MEINVIELLE.

PROGRESO INDEFINIDO

Entre los legados de la ideología de la Ilustración de que la posteridad no se ha desprendido todavía por completo figura la doctrina del progreso indefinido.

Ha de señalarse en lo que sigue, dentro de determinado sector del humano hacer, dos procedimientos divergentes en circunstancias semejantes. Su indicio más elocuente objeto de que el lector se sustraga del ejercicio de explicar los mediante la teoría del progreso indefinido, si ella lo es posible.

Hace ciento treinta años las cabezas sobre las que pesaba la responsabilidad de dirigir los destinos de Europa, se aplicaban a la liquidación de un ininterumpido proceso de sangrientas guerras.

Por espacio de diez y nueve años un hombre sobrehumano encarna la voluntad de poder de una soberana nación había secundo (o establecido) a todas las naciones del continente. Nada de lo que para los comedores hacía que la vida material se viviera se había librado de las frías secuestradas de aquel genio fabuloso: la



religión y el Vicario, el orden social y la lealtad al soberano, la familia, el orden económico, todo en fin había sido sacudido y quebrantado.

Cuando pasó la pesadilla los vencedores se aplicaron a recoger los desgarrones en la célebrísima reunión de Viena.

Descúntense la división de intereses y los desacuerdos que ella implicó; revolvamos aquella sobre lo que hubo acuerdo.

La ideología que los vencedores encarnaban fué proscripita en términos absolutos. La ilimitada intervención de las potencias asociadas aseguraba su extirpación definitiva.

El gran enemigo, considerado por Inglaterra como su prisionero de guerra y encomendado por tanto a su particular custodia fué confinado en el peñón de Santa Elena, después de la excesivamente elegante solución de Elba.

¿Y aquel ilimitado vivero de energías que Francia constituyó?

La historia más parcial no ha podido disminuir la lealtad del trato que se le dispensó: el amplísimo reconocimiento de su personería en el Congreso, el respeto de sus fronteras, la moderación de las indemnizaciones, en una pa-



CANTICO

Misericordia eterna en cuyo nombre cubre el amor de Dios la miseria del hombre.

Oh misterio inefable de la espera y del clamor llagado de tu voz que va ofreciendo vida verdadera.

Sobre la muerte de tus criaturas quieres que ruegue el llanto de la esposa: ruego y llanto que horadan las alturas.

Cubres aún a los que te persiguen bajo tu capa misericordiosa para que de sus lazos se desliguen.

Misericordia eterna que procede del seno de la Divinidad: junto con tu poder todo gobierna.

Envueltos en su amor fuimos criados y en el escarnio de la soledad, —¡oh feliz culpa!— en ella reengendrados:

ella clavó a tu Hijo sobre el leño, ella clavó en la rosa siete espadas, ella fué la vigilia junto al sueño;

vida en la muerte y muerte de la vida para restablecer en sus moradas a la oveja entre zarzas mal herida.

labra, la cuidadosa conservación de su calidad de potencia.

El espíritu del Congreso se encarnaba en un hombre: Metternich. Es sabida la consideración que mereció de la historia oficial de fines de siglo.

Pero Metternich y el "Ancien Régime" ignoraban el sutil destiende de responsabilidades que todo liberalismo comete entre hombres y pueblos, ignoraban mucho más aquella máxima que cimienta toda cosa liberalismo: "Un ne tue pas les idées".

Han pasado ciento treinta años. Los epígonos del liberalismo han temblado bajo la arremetida de un hombre y de un pueblo. Todo lo que para ellos daba valor a la vida ha peligrado. Han apurado gallardamente su capacidad de reacción y han vencido.

Con cierta precipitación los vencedores se apresan a recoger los desgarrones. Ellos saben que las ideas no se matan, ellos saben que las guerras liberales se hacen contra los jefes perversos y no contra los pueblos inocentes. ¿Qué conducta se seguirá de tales principios?

En lo que atañe a la ideología representada por el vencido es fácil inferir mucho de declaraciones, discursos, interpelaciones, artículos, reuniones místicas, etc. Se puede profetizar sin riesgo sobre las posibilidades de una profesión pública o agrupación política en base a tales ideologías; quizá sea fácil también predecir sobre la situación social de los que las han profesado o de los que de cerca o de lejos han simpatizado con ellas. Tampoco caben dudas sobre la variada gama de intervencionismos que se ejercerán contra cualquier gobierno que se permita veleidades de disidencia.

La distinción de pueblos y gobernantes comporta necesarias consecuencias. Si Castlereagh la hubiera dominado no habría sido tan benévolo con Napoleón. Un siglo de elaboración esencial la calificación tan extendida: ¡así de "criminales de guerra". Solo Irlanda persiste en ignorarla (humus impar ante el pámbulo universal).

¿Y el trato del país vencido, cuyos gobernantes han sido tan vertiginosamente aquilatarados en sus responsabilidades?

Toda hora suponer que el destiende de una posibilidad ha guardado para más adelante. Hoy por hoy todos los abismos son porvenir y todos sus responsables. Ni posibilidad ni futuro, ni destino a la luz del momento y sobre todo, la contingencia (planificada) destrucción de su calidad de potencia y si es posible, de su

Por ella conocimos tu clemencia,
alto rocío de la palma en flor
y alivia del cautivo sin herencia.

Cuando el maduro día desfallece
es preciso a los ojos del Señor
y en la luz de la estrella resplandece.

Tierra y cielo anegados por sus mares;
—naviza la garganta del pavor,
mitigando los hórridos lugares.

Y tu voz —nuestra voz— por milagrosos
senderos encarnados, y tu voz
en busca de los padres luminosos.

Misericordia eterna en cuyo nombre
cubre el amor de Dios
la miseria del hombre.

Ella detuvo el viaje del amigo:
—Quédate con nosotros porque es tarde...
Bendice sus viñedos y su trigo.

Delante de tu rostro, como llama,
en el altar del sacrificio, arde:
gemido enamorado que reclama.

Con sus brazos en cruz todo lo abraza,
a tu verdad y a tu justicia unida,
y su alianza es el muro de tu casa,
a través de la muerte y de la vida.

MIGUEL ÁNGEL ESCHENVERRIGARAY



implican, en este aspecto, un debilitamiento profundo de la posición internacional del país. La confesión de parte que impone, permite llevar de prisa a quienes desde el exterior llevan la ofensiva contra nosotros internamente y nuestros derechos. ¿Qué importa a los gobiernos extranjeros que los "hombres responsables" hayan sido alejados del poder? Lo que importa verdaderamente es que tales responsables hayan sido, por propia admisión, los gobernantes argentinos. Y esto es lo que no resulta posible concebir sin abdicar definitivamente de todo nuestro acervo de prestigio y de independencia, tan poseosamente conquistados.

Pero hay otro aspecto, en las declaraciones, sobre el cual corresponde asimismo detenerse. Expone el Coronel Perón que la Argentina no puede ser "un punto suspendido en el espacio". Dicha afirmación, en abstracto, la frase carecería de toda importancia. Significaría una mera tautología desde que nadie podría pretender que ningún país, por poderoso y rico que fuere, se viera colocado en esa incómoda postura geométrica. La expresión adquiere sentido a la luz del contexto y especialmente de las opiniones que acabamos de comentar. Evidentemente, para el Coronel Perón, la política internacional argentina ha tendido hasta la fecha, a colocar a nuestro país en la situación de un "punto suspendido en el espacio".

El Vicepresidente adjudica esa posición, cerradamente hostil a toda colaboración internacional, a los que llama "nuestros nacionalistas". No es esta revista vocero del movimiento nacionalista y no nos toca, por lo tanto, rebatir aquí la acusación. Pero como en un sentido genérico, ella ya dirigida contra todos los que han defendido y sustentado la política internacional de soberanía, bajo este aspecto le atañe la referencia.

Nada más inexacto que identificar la política de soberanía con una postura huraña y cerril. Por el contrario, ninguna presupone vínculos más sólidos y más auténticos con la comunidad internacional y con sus componentes. Porque al defender la política internacional de soberanía no nos atrincheros tras la muralla china de un interés exclusivamente local. Entendemos, por el contrario, prestar, en las medidas de nuestras posibilidades como nación, el más acabado servicio al patrimonio común del cual tenemos la honra de ser coparticipes y herederos.

Con la política internacional de soberanía defendemos nuestra personalidad espiritual. La ofensiva lanzada contra la Argentina no tiende solamente a despojarla de su soberanía política, de su libertad de determinación. Tiende, acaso con más empeño, a despojarla de la fuerza generadora de su resistencia, de su ser moral. Por eso la ofensiva apunta con preferencia a los valores religiosos que constituyen nuestro primordial patrimonio espiritual. No porque si, se ha considerado la preeminencia de esos valores como elemento nocivo y se ha atacado acerbamente a los gobernantes que la han reconocido oficialmente.

Defendemos nuestra vinculación con la cultura europea. La Argentina ha mantenido con tradicional constancia su vinculación con Europa. Hija de Europa como todas sus hermanas de América, ha sentido tal vez con más fuerza que ninguna, el vital significado de esa relación filial. El sero americanismo en cuyo nombre se nos agrade, comporta, él sí, un aislacionismo filisteo respecto de Europa, una ignorancia profunda del patrimonio cultural de la civilización cristiana. Interrumpir ese contacto significa cegar las fuentes de nuestro enriquecimiento moral. Nada pone de manifiesto la trascendencia de ese contacto como el oscurecimiento que estos cinco años de separación material han provocado en nuestra cultura y en nuestra propia convivencia civil.

Defendemos nuestra solidaridad con la América hispana. El nuevo panamericanismo, con todo su fraseo vacío sobre "solidaridad" y "armonía" continental, es violentamente hostil a todo lo que constituya motivos serios de armonía y solidaridad. Por eso se ha opuesto al establecimiento de lazos entre los pueblos del continente por razones de origen, de cultura, de vecindad o de recíproco interés económico. Todo lo que está fundado en la naturaleza de las cosas le

validad de nación. Ciertamente la deportación en masa (como se infiere de declaraciones de Mr. Eden sobre Prusia Oriental) y quizás la esclavitud (según resultaba para Italia en aquel significativo debate del Senado norteamericano).

No acaba todo aquí. En la tradición europea cuando las naciones rectoras adoptaban una determinación la asumían ante la comunidad internacional, había jueces y tribunal de opinión. No ha de ser así esta vez, como lo han documentado Turquía y sangrientamente Egipto, y luego la declaración sobre la Argentina en la reunión mejicana; esta vez no habrá actores y público; no se escatimará la coerción para que todos los países firmen la sentencia de muerte de la nación alemana, se szontarán así las recriminaciones ulteriores.

Breno parece ser la última palabra en materia de Derecho Internacional.

Quiénes no creen ya en el mito progressista, al mirar hacia la Viena de 1815 no podrán reprimir ahora una consideración de justicia póstuma: ¿Qué grande era Metternich! Mejor dicho: ¿Qué grande era la comunidad europea que Metternich expresaba!

CLAUBUS.

UN PUNTO SUSPENDIDO EN EL ESPACIO

El señor Vicepresidente de la Nación en declaraciones formuladas a una agencia noticiosa extranjera, se ha referido hace algunos días a la cuestión internacional. Tales declaraciones revisten doble interés: en primer lugar, por la persona que las formula y luego, por la índole del tema tratado. Nadie ignora en efecto, dentro y fuera del país, la gravitación decisiva que el Coronel Perón ejerce sobre las orientaciones del actual Gobierno argentino. Además, el Coronel Perón, a pesar de abordar en sus frecuentes elocuciones los más variados tópicos, rara vez ha aludido a problemas de política exterior. Evidentemente se trata de una materia que parecía hasta ahora no haber atraído de modo particular su atención. Por ello, interesa subrayar y apreciar el sentido de sus últimas declaraciones.

En cuanto al alcance atribuido al alejamiento de ciertos funcionarios del gobierno, desde el

momento que no se los menciona, no corresponde discriminar su grado de exactitud. Lo que no puede dejar de advertirse con la más profunda extrañeza es que el Coronel Perón publique "urbi et orbi" que la actual exclusión de la Argentina de la comunidad continental obedece pura y exclusivamente a la actitud de miembros del Gobierno argentino. El Coronel Perón parece no recordar que la responsabilidad de los actos públicos en materia internacional es de carácter indivisible y recae sobre todos los miembros del Gobierno. Pero olvida asimismo —y esto es mucho más serio— que tales actos obligan y comprometen a la nación entera respecto de las demás. Hasta ahora, se había hablado de la "incomprensión" ajena; de que la Argentina esperaba con "serenidad y confianza" el juicio imparcial de sus pares. Si se había evitado, por razones obvias, formular acusaciones directas contra los responsables de nuestro aislamiento, se había eludido, con no menos esmero, adjudicar una porción siquiera mínima de culpabilidad a nuestra propia conducta.

Por ello las declaraciones del Vicepresidente



es odioso porque él está fundado en la mentira y en el predominio de la fuerza. Nosotros en cambio defendemos nuestro derecho a convivir estrechamente con aquellos con quienes nos sentimos realmente solidarios por la hermandad de la fe, del idioma, de una misma concepción de la sociedad, de la familia, de la vida individual y colectiva. Y acaso esa aspiración a una mayor vinculación con los pueblos de la América nuestra, es precisamente lo que ha exacerbado el ataque de aquellos que sólo buscan esa vinculación por la vía artificiosa de una retórica encubridora de la opresión imperialista y divorciada con toda auténtica realidad nacional.

Defendemos el patrimonio jurídico de las naciones libres. "Al afirmar nuestro propio derecho, expresó el Ministro de Relaciones Exteriores argentino en su discurso de Julio de 1944, prestamos la mejor combinación al afianzamiento del orden jurídico nacional".

La Argentina, por razones geográficas, étnicas, históricas, y económicas, se encuentra indudablemente colocada en situación de privilegio para poder sustentar una política de independencia. Esa mayor facilidad significa también una mayor responsabilidad. Otros países de América, mucho menos dotados que nosotros para protegerse, confían en que, si no pueden expresarse con libertad, otros lo hagan por ellos. Somos pues implícitamente mandatarios de una misión que no es solamente nuestra. Seríamos infieles a ese mandato si no supiéramos desempeñarlo con honor. La exacerbación de la presente contienda ha hecho pisotear normas tradicionales y universalmente respetadas de la convivencia internacional. Está a punto de afirmarse una de las más feroces tiranías que recuerda la historia: la tiranía mundial de los grandes países vencedores. Es necesario que todos traten de salvaguardar su libertad. Somos un país "pequeño", como dice el coronel Perón; y bien, afiancemos nuestro derecho de país pequeño. Sigamos haciendo lo que ya están comenzando a hacer otros: defenderse de la servidumbre que bajo capa de organización mundial se está planeando para el futuro posterior a la guerra. Esa defensa será imposible si nos convertimos en una entidad anónima, si somos un número más en el montón. La diferencia entre "nazismo" y "democratismo" ya no va a dividir a la humanidad. La diferencia se establecerá simplemente entre los que querrán oprimir y entre los que no permitirán ser oprimidos.

Defendemos nuestra tradición nacional. No es cierto que la actitud argentina, como lo quiere hacer creer la propaganda, signifique un divorcio y un rompimiento con su tradición diplomática. Es exactamente todo lo contrario. Se podrá discutir detalles de formalidad o de procedimiento, se puede sostener que tal o cual manera de sostener la política exterior ha sido o no equivocada. Se puede por ejemplo, lamentar que la magnífica solidez, el "non possumus" inmovible del Presidente Castillo no se haya visto complementado con una formulación más clara, con una defensa más brillante y apasionada. Pero no se puede discutir que, en lo fundamental, la política argentina de 1941 hasta hoy ha seguido las líneas tradicionales, la que marcó la actuación de Felipe Arana, de Rufino de Elizalde, de Bernardo de Yrigoyen, de Roque Sáenz Peña, de Luis María Drago, de Estanislao Zeballos, de Hipólito Yrigoyen y de todos los presidentes y ministros que lo sucedieron. Así lo reconocen explícitamente los mismos norteamericanos,

Decía Ortega y Gasset que la evolución de la novela moderna se orientaba de un interés fundamental por la intriga a un preponderante interés no por los acontecimientos en sí, sino por la forma cómo estos se desarrollan, un trasfondo de la atención del qué al cómo. Otros géneros literarios —el cuento o el teatro—, han experimentado la misma evolución. Algo análogo ha sucedido en el cine como efecto de lo que parece ser un modo natural de expresión del alma contemporánea.

Ofrecer un ejemplo de proceso de esa magnitud en un tema tan modesto como una película

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Colaboran los mejores escritores

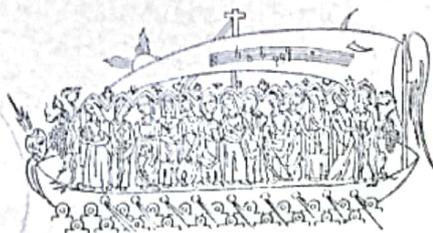
Aparece los viernes

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

canos, al señalar, aún para condenarla, la firmeza y la continuidad de la política exterior argentina. Recordemos tan sólo las obras de John Nicholas Spykman, Samuel Flagg Bemis y Carleton Beals.

Todo esto pareciera haber olvidado el señor Vicepresidente al formular su declaración. Permítanos agregar que tampoco traduce una información muy precisa sobre lo que está ocurriendo en ese sector internacional al cual desea con tanta vehemencia incorporarnos. Atravesamos por un momento de extraordinaria confusión. No es posible ver claro en medio de la maraña entrecruzada de apetitos y de intereses contradictorios. Con todo, lo que aparece evidente es que la unidad de las potencias vencedoras está muy lejos de haberse consolidado. Está muy lejos, sobre todo, de haberse logrado una fórmula política solidaria, un método común de acción. La próxima Conferencia de San Francisco verá probablemente plantearse en toda su crudeza las discrepancias que la Conferencia de Crimea sólo consiguió postergar. Para adherir a algo, resulta fundamental saber a qué se adhiere. Y hoy nadie podría decirnos a qué adheriría la Argentina si se incorporara en notorias condiciones de inferioridad al grupo de países tributarios. Se ha mencionado mucho últimamente a Rusia. Cualquiera fuese en definitiva la posición que asumieramos frente al Soviet, es evidente que sólo nosotros deberíamos determinarla. Pero si nos "alineáramos" hoy, esa posición ya no dependería de nuestras propias decisiones. Dependería exclusivamente de la actitud que adoptarían los Estados Unidos. Lo mismo podríamos estar en relaciones de estrecha cordialidad como podríamos encontrarnos inesperadamente en conflicto con la potencia del Este. Ello se supeditaría a un juego de intereses al cual seríamos absolutamente extraños. La más elemental prudencia obliga, pues, para definirse, saber claramente los términos exactos en que se plantea el dilema de la opción. Entre tanto,



C I N E

AGUAS TENEBROSAS

la de intriga criminal no es nada fácil. Constituye de esta manera el principal mérito de "Aguas tenebrosas" un felicísimo equilibrio entre el constante interés por la trama y la atención no menos constante a la materia como esa intriga desarrolla su mesurado ritmo (mesura que en determinadas situaciones llega al

cuando después de haber sobrellevado los más poderosos ataques se tiene, como la Argentina, la fortuna de mantener una posición que la libera de todo compromiso, nada mejor que saber conservarla con la firmeza tranquila que es patrimonio de las naciones dotadas de historia y de destino.

No se pretende, finalmente, desconocer la existencia de una realidad tan evidente como es la existencia de una poderosa coalición, encabezada por países dotados de inmenso poderío y dominados por la áspera y explicable pasión engendradora por la tremenda lucha. No se pretende, de modo especial, discutir la legítima presencia de los Estados Unidos en el concierto hemisférico. Negarlo sería atentar contra los hechos y colocarse al margen de la historia. La existencia de una gran potencia mundial en el continente americano se impone a todo prejuicio y a todo preferencia individual. Lo que debe buscarse con empeño no es tanto mantener indefinidamente una lucha irracional y torpe contra esa fuerte realidad como procurar con ella el modo regular y adecuado de convivencia. Aspiramos con todo sinceridad a que ese modo de convivencia pueda ser finalmente logrado. La lucha nunca puede ser de por sí mismo un objetivo sino un medio. Saludaremos con alegría profunda el día en que pueda establecerse en esta región del mundo una armonía real entre todos sus integrantes.

Pero para eso se necesita llevar el convencimiento al país del Norte, que esa armonía, que tan ardientemente anhelamos, será siempre ficticia si no se consolida sobre bases de libertad y de respeto recíproco. Constituye hasta un deber de amistad hacia el pueblo norteamericano, advertirle que si en verdad aspira a la simpatía y a la consideración de sus vecinos del Sur, debe modificar sustancialmente sus propósitos y sus procedimientos. Debe llevarse la convicción de que la armonía aparente lograda mediante la presión de la fuerza es tan deleznable como la fuerza misma. La convivencia honorable de que hablamos supone la igualdad real del trato; el reconocimiento y el respeto por los valores culturales de cada pueblo, por su idiosincrasia y sus costumbres; la abstención de inmiscuirse en su orden político interno, en querer elegir las instituciones y los modos de gobernarse; el abandono de ese "pathos" mesiánico de origen protestante que quiere hacer de Estados Unidos la gran institutriz del mundo, el gran maestro de la moral y de la buena conducta.

Cuando las relaciones interamericanas lleguen a establecerse sobre esas bases los Estados Unidos, en vez del coro de alabanzas serviles y el odio real que hoy conquista con sus armas y su dinero, tendrá el respeto y la simpatía de los pueblos libres. Pero creemos, analizando fríamente la situación, que el momento para tal revisión aun no ha llegado. Debemos esperar que se calme la exacerbación del combate. Por eso ningún momento resulta más impropio que el presente para tomar la iniciativa en el restablecimiento de una armonía que sólo podrá ser efectivamente lograda en la tranquilidad de la paz.

No queremos ser un punto suspendido en el espacio. Pero preferimos serlo antes que convertirnos en una brizna de paja, desamparada y fluctuante en medio de la furia del vendaval.

MARIO AMADEO

efectismo). Se destaca así esta producción muy por encima de las corrientes en su género y nos recuerda el precedente lejano e ilustre de "A puertas cerradas".

André de Toth ha realizado un excelente trabajo de dirección, rico en detalles y escogido en los recursos. Cuenta con la colaboración magistral de Thomas Mitchell y de Merle Oberon que lo sigue de cerca en orden de méritos. Franchot Tone y los demás que complementan el reparto, muy bien en sus papeles de menor importancia.

A. E. B.